Mowgly

Cuando mi madre abrió la puerta de nuestro hospedaje, él estaba ahí: delgado, con sus ojos orientales y su sonrisa como de niño. Se saludaron, y mi madre, con sus ojos tiernos y negros de noche andina, parecía decirle *"¿Una habitación?"*. Y él, sacando su celular, empezó a hablar a esa máquina mágica que luego traducía al español sus mensajes que mi madre, aguzando sus oídos, escuchaba para luego responder:

—Sí, en el primer piso, claro, baño privado y agua caliente; las camas son bonitas hechas por los de Don Bosco —mientras él sonreía siempre como un niño—. Y mi madre seguía:

Que tenemos cochera, que puede verlo sin compromiso, que los colchones son nuevos...

Al final, después de las palabras convincentes de mi mamá, Mowgly se quedó en nuestro hospedaje. Dijo que se quedaría por un día, pero fueron cinco.

Lo que más nos llamó la atención fue su bicicleta de bambú y sus zapatillas especiales que calzaban a la perfección en los pedales. Nos presentamos todos los hermanos: Aurelio, Andrés, Mariano y yo. Nos contó que venía viajando en su bicicleta desde las lejanas y frías tierras de Canadá. «*¿En bicicleta?*», dije para mí. Pero su rostro no traslucía ni un ápice de cansancio y sonreía siempre.

En su corta estancia, Mowgly se hizo amigo de la familia. Mi padre, siempre lisonjero, se encargó de mostrarle toda la casa y sus plantas.

—Esto se llama paico y es bueno contra los bichos, esta otra es ortiga y su raíz cura la próstata, esta es palta y esta chirimoya... este es cedrón... —Y Mowgly entendía todo con su celular parlante que sabía español.

Al inicio, Mowgly solicitó a mi madre que le preste una cocina para prepararse la cena y ella le facilitó la cocina mejorada a leña, donde en una sartencita echaba verduras, tallarines y líquidos oscuros que después de un santiamén eran devorados por nuestro huésped. Sin embargo, en los días venideros Mowgly entró en confianza y ya se sentaba a la mesa con nosotros. Mi madre, preocupada, pensaba si la comida no le gustaría o le caería mal, pero Mowgly siempre dejaba limpio su plato mientras sonreía como un niño.

Lo cierto es que todas las mañanas, nuestro amigo Mowgly subía al cuarto piso y desde las ventanas divisaba al imponente nevado Huascarán, hasta que una de esas mañanas me preguntó con su celular bilingüe:

—¿Por qué se llama Huascarán?

Entonces, le conté que, mucho antes de la llegada de los españoles al Perú, el inca Pachacútec y su ejército llegaron por estas tierras para conquistarlas. Uno de los soberanos de los pueblos que existían recibió al gran Pachacútec y a sus acompañantes, entre los que destacaba el guerrero Huáscar, quien quedó inmediatamente enamorado de la belleza de Huandy, hija del soberano anfitrión. La princesa también sucumbió a los encantos de Huáscar. Sin embargo, era un amor prohibido porque la princesa pertenecía a la nobleza y Huáscar a la plebe y en esos tiempos ese tipo de relaciones estaban prohibidas. Pero el amor, que enceguece la razón, pudo más que las leyes y, antes de que el padre de Huandy se entere, ambos amantes fugaron pensando llegar a tierras lejanas y ser felices.

El soberano al enterarse montó en cólera y envió a sus tropas a capturar a los amantes rebeldes.

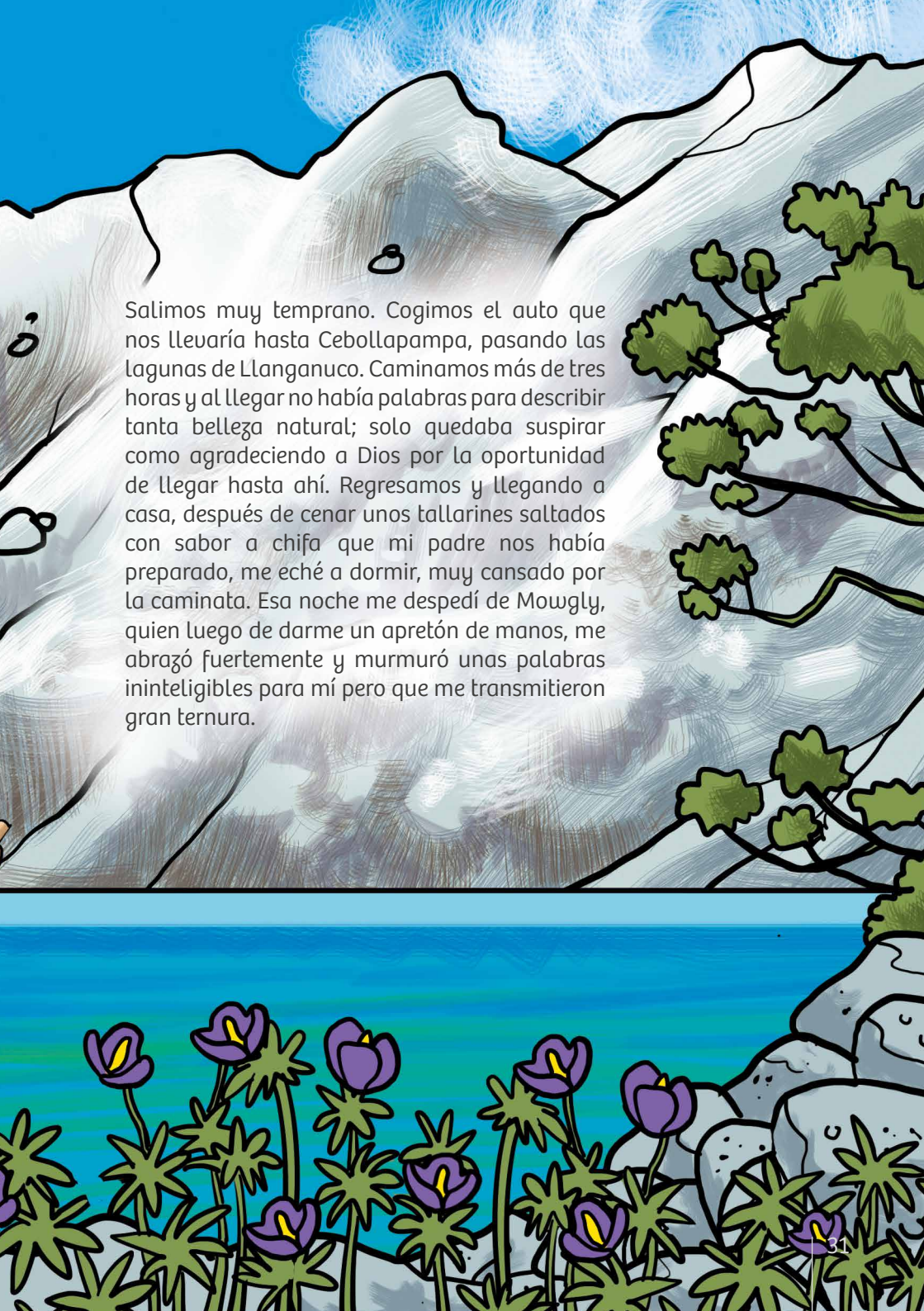
Huáscar y Huandy fueron capturados en las altas punas y atados fuertemente frente a frente hasta que llegara el padre de la princesa. Ya presente el soberano, reclamó a los amantes su temeraria actitud y como castigo dictaminó dejarlos ahí solos y atados, retornando a su señorío con el corazón compungido. Los amantes, mirándose tiernamente, lloraban e imploraban ayuda al Dios Wiracocha, quien se compadeció de ellos y los convirtió en dos gigantescas moles de nieve. A Huáscar lo convirtió en el imponente Huascarán, y a la princesa en el nevado Huandoy. De las lágrimas de ambos amantes surgieron las lagunas de Llanganuco: Chinancocha, la laguna más hermosa y Orconcocha o laguna macho.

Al terminar de narrar la leyenda vi a Mowgly ensimismado, pensativo. Luego, cuando reaccionó me dijo:

—¡Te arreglo tu bicicleta!

Alegre, acepté. Salimos ganando porque arregló mi bici y la de Aurelio.

Nuestro huésped amigo dibujaba tan hermoso que un día de esos me mostró el dibujo más lindo que jamás haya visto. Era el retrato de los amantes legendarios y cuyas lágrimas rebotando entre los peñascos llegaban al fondo del valle para formar dos mágicas lagunas. Mi padre quedó maravillado y le ofreció comprárselo, pero Mowgly decidió regalármelo a condición de guiarlo a uno de los lugares más hermosos de Yungay. Fue difícil decidir porque todos los lugares de mi tierra son hermosos. Decidí llevarlo, con el permiso de mis padres, a la laguna 69.



Salimos muy temprano. Cogimos el auto que nos llevaría hasta Cebollapampa, pasando las lagunas de Llanganuco. Caminamos más de tres horas y al llegar no había palabras para describir tanta belleza natural; solo quedaba suspirar como agradeciendo a Dios por la oportunidad de llegar hasta ahí. Regresamos y llegando a casa, después de cenar unos tallarines saltados con sabor a chifa que mi padre nos había preparado, me eché a dormir, muy cansado por la caminata. Esa noche me despedí de Mowgly, quien luego de darme un apretón de manos, me abrazó fuertemente y murmuró unas palabras ininteligibles para mí pero que me transmitieron gran ternura.

El lunes desperté muy temprano, ya que debía ir a la escuela. Divisé desde el comedor la habitación de mi amigo el chinito, pero mi madre, como adivinando mi intención, me dijo:

—Ni vayas a pensar que se iba a quedar para siempre. Él salió muy temprano en su bicicleta, dice que se va a Chacas y después a San Luis, para llegar a Huari, y de ahí va a tomar algunos atajos para llegar hasta el Cusco.

Mowgly se había ido. Entré en la habitación vacía y sobre la mesa vi el dibujo hermoso que había prometido regalarme. Lo tomé y sentí que unas lágrimas surcaban mi mejilla para caer justo sobre el Orconcocha.